

editorcronicas@comercio.com.pe

contracorriente
POR GONZALO GALARZA CERF**ESFUERZOS.** Óscar Gómez y Luisa Machado son una pareja de esposos con discapacidad que ha encontrado en los estampados y la serigrafía el camino para salir adelante. Ellos ganaron un concurso y crearon su propio taller. Ahora su sueño es competir con Gamarra

La estampa del progreso

Óscar Gómez está apuntando con la pistola de calor a su nueva creación: es un diseño pulcro con la propaganda de una librería cercana a su casa en Puente Piedra. El hombre de los estampados ha seguido con paciencia y tesón los pasos para darle vida y color a unos polos grises: limpiar el bastidor, mezclar el fijador con la pintura y medir y calzar el molde en perfecta proporción antes de teñir la malla. Gómez es un optimista en el mundo de los negocios: donde algunos ven tareas tediosas, él ve pruebas por superar; donde otros sienten la falta de apoyo e incompreensión, él siente ganas de salir a la calle para buscar más clientes.

A sus 33 años, es capaz de recorrer su distrito y sufrir de calor y de dolor con tal de vivir el sueño que lo sedujo cuando estaba en Cajamarca. Cuando vio que un maestro discapacitado y con principios no tenía lugar dónde enseñar y decidió venir a Lima.

Gómez no nos va a contar la triste historia del niño que sufrió de polio e hizo de su vida un lamento. Brevemente, él dirá que cayó enfermo, que su pierna izquierda quedó paralizada y que esa dolencia lo llevó a acercarse a Dios. Ese episodio sirve para descubrir uno de los cimientos en los que se sostiene su taller de estampados y serigrafías Más que Vencedores: la fe.

El otro es el ejemplo de su padre: un hombre que perdió la movilidad en una pierna a causa de una lesión y cuya discapacidad no le impidió seguir con su vida. Sembró y cosechó sus productos hasta el final de sus días. Pero la pieza clave en el desarrollo de su negocio es su esposa Luisa Machado, una joven sordomuda que sigue de cerca sus pasos y maneja las cuentas del negocio. “Nos comprendemos de maravilla: mi esposa es tan bonita, tan preciosa y nos llevamos tan bien”, dice estampando su amor.

Ahora el hombre de la serigrafía alza el bastidor y empieza a supervisar el trabajo. A su costado, Luisa sigue atenta el control de calidad. De pronto, él se da cuenta de un detalle en una letra: una parte de la pintura se desprendió al momento de rociar agua en el molde. Inmediatamente, él hace un gesto con su mano muy cerca del oído: “hisopo”, entiende ella y sale disparada a buscar uno. Oscar y Luisa se conocen hace diez meses, solo llevan cuatro de casados, pero su comunicación alcanza un nivel altísimo. Ella nunca asistió a la escuela ni sabe expresarse mediante señas, pero ambos han creado el lenguaje del progreso a punta de esfuerzo y perseverancia.

A Gómez le gusta decir que la vida es igual para todos. Que si se enfrenta a obstáculos, que si tiene que cargar bultos pesados, siempre habrá alguien para darle una mano. Que no le tiene miedo a nada. Sus experiencias permiten entender su postura ante el mundo y en sus palabras no hay ni un ápice de soberbia: es puro deseo de superación.

Su taller es una muestra del ingenio por salir adelante: la mesa de fotografado es una cómoda con focos de luz en su interior para impregnar los diseños en las mallas de sus bastidores. Sus ganas sobrepasan la austeridad del taller: cuenta con un tablero con cinco mesas para estampar polos y, sin embargo, sus deseos por crecer hacen que acepte pedidos de medio millar de prendas y termine junto a su esposa trabajando hasta la madrugada y pasando frío. El espacio no está completamente techado y la ventana solo la cubre una madera.

“Les digo a mis hermanos: ‘Tengo un año en Lima y ya tengo mi taller’. Pero ellos me dicen que debe ser grande y yo les digo que un día será así. Porque yo no pienso quedarme acá, quiero codearme y competir con la gente de La Parada y de Gamarra, estampar cosas grandes”, expresa.

EL MAESTRO

Antes de llegar a Puente Piedra y formar su taller junto a Luisa,



FOTOS: LUCERO DEL CASTILLO

ESFUERZO. Óscar tiene una pierna paralizada y Luisa es sordomuda. Ambos se enamoraron, se casaron y formaron el taller Más que Vencedores. Los pedidos los reciben al 9960-60029.



DISEÑOS. Estos son los primeros modelos que hizo Luisa en el taller de estampado y serigrafía. Ni bien empezó el curso compró sus polos y se puso a vender. También teje carteras, pero dice que termina muy cansada.

“Quiero codearme y competir con la gente de La Parada y Gamarra, estampar cosas”

Gómez soñaba con estar delante de un salón de clases. Imaginemos: Nacer en Quindeo, un caserío olvidado en la provincia de San Miguel en Cajamarca, donde hay un solo colegio para más de cien alumnos. Donde los profesores no llegan durante uno, dos y tres días y la vida parece un recreo eterno sin esperanzas de futuro. En esas condiciones, en las que muchos pueden sumergirse en una pesadilla, Gómez tuvo un primer sueño: “Seré profesor para enseñar a los niños a ser hombres de provecho para el país, para que tengan cultura y conozcan su tierra y se identifiquen con ella”.

Solo consiguió un trabajo voluntario y terminó por desilusionarse con el grado de corrupción que asegura haber visto a la hora de buscar un empleo: “Me pedían dinero a cambio de una plaza, pero yo tengo mis principios”. Es en ese momento que decide ve-



CALIDAD. Después del proceso de fotografado se examinan las prendas. De haber alguna falla, se corrige con un hisopo bañado en pintura.



DISEÑO. El taller Más que Vencedores elaborará los polos para el Serenazgo de Puente Piedra y para una librería. Espera seguir creciendo.

nir a Lima. Al llegar, “fue desesperante porque no conocía nada, ni la UGEL ni los colegios donde ir a buscar trabajo. Me levantaba temprano y con mis documentos iba al paradero y preguntaba para llegar a la UGEL de Comas. Postulé y logré ganar una de las tres plazas para cubrir una licencia por tres meses”.

Cuando acabó su contrato y estaba triste y a punto de volver a Cajamarca, Gómez fue invitado a participar de un taller de estampado y serigrafía para discapacitados. Él asegura que siempre tuvo la idea de aprender a diseñar polos: “Ese era otro de mis sueños”. Compró su computadora y asistió al curso donde conoció a Luisa. Ahora Gómez suelta una sonrisa y recuerda cuando fungía de traductor de Luisa para el resto de la clase. Fueron dos meses de enamoramiento e intenso trabajo: “Muchos abandonaron, pero yo me quedaba hasta el último y por

“Nos comprendemos de maravilla: mi esposa es tan bonita, tan preciosa y nos llevamos tan bien”

eso me molestaban: Ya acabaron las clases, ¿cuándo te vas a ir?”.

LOSESTAMPADOS

Gómez nunca se fue, siguió hasta el final a su profesor, y también yendo siempre detrás de Luisa. La cercanía con su maestro y su compañera le permitieron dos cosas: aprender más que el resto de los alumnos y terminar conquistándola. Luego, él la animó para inscribirse en el taller Mi Idea de Negocio promovido por Propoli, donde fueron capacitados en marketing y ventas y formularon un plan empresarial para postular al concurso Crea tu Negocio, y ganaron. Con el dinero obtenido formaron su propio taller. Hoy, Gómez forma parte de la Mesa de Concertación de los Emprendedores de Puente Piedra y su vida es un ejemplo en la comunidad.

La pareja de los estampados muestra sus primeros diseños: son moldes de almanagues, tarje-

tas y dibujos que hizo durante el verano. Gómez recuerda sus inicios cuando salía temprano a tocar las puertas de tiendas y negocios para ofrecer su trabajo. “Fue muy difícil y costó mucho. La caminata no la sentía, pero llegaba cansado y mis hermanos se preocupaban por mi estado de salud”, cuenta.

Había momentos durante esas largas jornadas de búsqueda de clientes en que se extrañaba. “Pero tomaba un mototaxi y salía del problema. Al final, sacaba adelante el negocio”. Gómez está agradecido con el apoyo de Propoli, de la Unión Europea y de su maestro de estampados William Adrianzen. Emocionado, revela que un amigo le ha prometido contactarlo con una empresa dedicada a la fabricación de prendas cuya mayor producción está centrada para el mercado extranjero. Sabe que para eso tiene que implementar su taller y contratar más personal: son cuatro mil prendas diarias por estampar.

Gómez recuerda a algunos de sus compañeros del curso quienes se podrían sumar a su taller. También recuerda la llamada de Lili Trujillo, una madre discapacitada cuyo negocio de estampados quebró a los meses de haber ganado el mismo premio que él. “Consigue clientes y contratos y los hacemos acá. China, yo no he sido el único en ese taller, somos varios jóvenes que estamos en la necesidad y ese esfuerzo no va a quedar tirado en el suelo”, la animó.

Antes de darle color a la primera docena de polos para una librería, Gómez hace una breve explicación sobre las clases de pintura. En minutos y con la ayuda de su esposa Luisa ha acomodado la malla y empieza a llenarla de color. Asegura que es una sustancia que nunca se seca y que le permite producir en serie sin problemas. Viéndolos entre bastidores teñidos y con la prenda recién estampada, uno empieza a creer en el proyecto de esta pareja: “En diez años me veo con un taller grande y bien complementado, donde mis hijos aprendan y conozcan el negocio de sus padres, que sepan de nuestro esfuerzo y que trabajamos para sacar la familia adelante. El negocio no tiene que desaparecer”. Y sus estampados tampoco. ■